

## Una historia opaca: el misterio del tiempo y su relación con la enseñanza

*Kaira Vanessa Gámez*

Licenciada en Psicología (Universidad Católica Andrés Bello). Magíster Scientiarum en Filosofía y Ciencias Humanas (Universidad Central de Venezuela). Diplomada en Estudios Avanzados en Investigación Histórica (UCAB). Diplomada en Docencia orientada al desarrollo de competencias (UCAB). Cursante del Programa de Estudios Avanzados en Psicoanálisis (Nueva Escuela Lacaniana, sede Caracas). Profesora-investigadora de la Escuela de Psicología de la Universidad Católica Andrés Bello en las cátedras: Historia y Fundamentos Filosóficos de la Psicología y Teorías y Sistemas en Psicología (Jefe de cátedra). Coordinadora Académica de la Escuela de Psicología de la UCAB.

“El ojo descifrando la tiniebla.  
El amor de los lobos en el alba.  
La palabra. El hexámetro. El espejo.  
[...] César en la mañana de Farsalia.”

**Jorge Luis Borges - Las Causas.**

Los libros de historia se nos revelaban, a ellos y a mí, repletos de esquivas causas como las borgeanas: ‘César en la mañana de Farsalia’, ‘Frankl en el *aula magna* de la UCAB’, ‘Descartes al despunte de la modernidad’, ‘La Psicología en tierras alemanas’... Eran estos hechos los que poblaban el tiempo que en las clases de *Teorías y Sistemas en Psicología* nos veíamos llamados a desentrañar, pero eran nuestros ojos también los que aparecían allí, inquietos, apresurados por divisar algo entre las tinieblas.

No sabíamos entonces que una página en blanco se convertiría en nuestra oportunidad para abandonar los subterfugios y sortear una dificultad que se nos presentaba: ¿cómo dar cuenta del lazo con la Historia en que nos hallamos, cada uno, de repente? ¿Qué hacer –además– con el deseo de transmitir una experiencia que nos resultaba tan enigmática como significativa? Un deseo de trabajo conjunto fue surgiendo desde el momento en que consentimos a la verdad que insistía en estas preguntas, y tal parece que nos acompañó la fortuna y la virtud desde entonces, pues aquí estamos hoy –de lo que me confieso gratamente sorprendida–, transformando nuestras ‘causas’ en ponencia compartida.

María de los Ángeles hizo de su presentación, a mi sentir, un testimonio que revela los modos en que una joven estudiante de psicología ha logrado aferrarse a sus preguntas en medio de un escenario que está hecho, en gran medida, para subsanarlas. La curiosidad académica y el siempre fecundo deseo de saber no han sido en su camino señuelos que la aparten de su propia orientación. Es lo que agradezco a su voz haberme enseñado en el transcurso de este tiempo. Creo que Ángeles se acerca a la Historia como quien busca no un saber autónomo e integral, sino aquello que le pondría un límite a los efectos disuasivos que la ciencia puede tener sobre las interrogantes de un sujeto. La frase del Profesor Raúl no es elegida por ella como sentencia inexorable, ni como determinación de su elección por continuar la carrera, sino como un aforismo que despierta algo que ella parece ya saber. No es una condena lo que lee Ángeles en la historia de la psicología, sino algo más hondo, una suerte de convicción con la que ella parece estar en contacto desde hace mucho y que la lleva a encontrar una profunda sensatez en la afirmación, sencilla por demás, de que “el ser humano es capaz de cambiar”. Al escucharla no quedo indemne. Su recorrido me enseña que es allí donde opera la Historia, en ese espacio donde efectivamente acontece un despertar.

De lo que elabora Rafael me queda la convicción de que en la Historia no se trata tanto de la búsqueda de causas como de la relación posible con la causa. El problema que plantea la historia consiste en que ella misma está determinada por algo que siempre se nos escapa y, en ese sentido, no se trata de alcanzar con ella un saber que habita más allá de nuestras posibilidades, o de pretender acceder con su escritura a una verdad esencial; la letra de la historia le da vida al pasado en una ficción que entraña el acto singular de cada uno, del lector y del protagonista. En este pequeño espacio de reflexión, Rafael puso sobre la mesa su admiración hacia el gesto de los actores históricos que han tomado parte en su recorrido, quizá por haber sostenido la decisión de convocar al otro a trabajar desde su posición de sujeto. Y es que tal vez él nos esté mostrando que esa decisión deja marcas en la historia, en su historia. Descubrirme allí, ocupando ese lugar para él, no puede menos que conmoverme. Sus palabras son muestra de que el espíritu cautivado por la historia emprende una búsqueda muy particular de la palabra verdadera, una búsqueda que sabe que el decir no podrá jamás capturar lo esencial de su objeto. Si lo sigo, siento que lo que nos ofrece la historia es esa afortunada duda que nos salva del quietismo de la sabiduría, y que no pocas veces nos llega de manos de un otro –recuerdo a mis propios mentores en este momento– al que le agradecemos para siempre habernos llamado allí donde otros decires se conformaban con desconocernos.

## 1. Del tiempo, la historia y a la psicología.

A propósito del tiempo, no puedo dejar de pensar en un decurso afónico, en una sucesión cerrada y vacía, en la diacronía de un silencio cabal. Nosotros, interpelados como estamos por su oscura presencia, hemos sido dotados con la sincronía del lenguaje, con ese don del intelecto que tal vez no responda a más causa que a la de hacer hablar aquel trance mudo. Allí el misterio del tiempo, su puro tránsito, es ocasión para la escritura de lo propio.

El ejercicio de la docencia en el campo de la historia me ha permitido constatar que el trabajo por crear y recrear recuerdos no sólo nos permite trabajar en nuestra propia relación con el tiempo, sino que funda un espacio en el que emerge una enseñanza posible, a saber, una que no consiste exclusivamente en la trasmisión de conocimientos; en ese espacio hay enseñanza de lo particular de cada experiencia en la medida en que se transmite un saber hacer con el real al cual cada uno se enfrenta. Desde este lugar me atrevo a avanzar la hipótesis de que fue la convicción de que la verdad no yace inscrita matemáticamente en lo real, lo que nos condujo al trabajo con la historia. Hay más cosas en el cielo y en la tierra de las que ha soñado nuestra ciencia, supo Hamlet. Tal vez la filosofía y la historia vinieron a ofrecernos los medios para devolver la verdad al plano literario, quizá nuestros trazos no aspiraban más que a la orientación de los antiguos griegos que con su geometría, en lugar de hacer callar al mundo para extraer de él un orden natural, lo hacían cantar un armonioso y sublime concierto (Miller, 2010, p. 249).

La Historia de la Psicología, por su parte, permite tocar de un modo muy especial ese real que concierne al tratamiento del alma. Hacer historia de la psicología es reencontrar a Ariadna y a Penélope en el arte de hilvanar sentidos; es ir a leer las letras, las marcas que ha dejado el acto de algunos en el tiempo, para entrenar el propio espíritu en el tratamiento de los dilemas humanos a los que hemos sido llamados por vocación; es hacer lo posible por hallar el hilo que nos auxilie en el laberíntico espacio donde se juega el modo de relación que, desde esta profesión, estableceremos con nosotros mismos y con nuestros semejantes. En el fondo, creo que el baluarte de la historia misma no es otro que la ética. La historia es un asunto de hilos porque caminamos a oscuras. ¿Dónde la razón de ser de la ética sino en el arrojito que nos exige aprender a andar entre tinieblas? La pregunta por la libertad es siempre una cuestión que hay que resolver más o menos a ciegas, y tenía razón Montaigne cuando concluía que “por lo menos hay que ser capaces de hacernos sensatos a nuestras expensas”.

Escuchar a estos cálidos y valientes jóvenes que me han regalado el privilegio de ser parte de su formación me emociona mucho, no sé si pueda expresarles qué tanto. En primer lugar, porque jamás imaginé que un día sería

docente y que las palabras de algún oyente ennoblecerían lo que para mí han sido un duro camino de trabajo personal; en segundo, por ver que ambos han logrado hacerse cargo de los efectos que ha tenido en ellos el contacto con la historia, y no con cualquier historia, sino con la historia del discurso que han elegido como profesión. Hay dos testimonios aquí, pero también un vivo acto de responsabilización que me enorgullece hondamente.

Está de más decir que ellos también han sido maestros para mí. Sería deshonesto omitir el hecho de que fue por su insistencia que conformamos este breve pero significativo grupo de trabajo. Terrestres girasoles que me permitieron redescubrir la maravilla que es elegir maravillarse. Hoy los escucho, maravillada, y me pregunto si cuando estaban en el lugar en el que dejaron de estar al escribir estas líneas, ciertas palabras habrán causado un surco en ellos que ahora desean posibilitar para otros. En todo caso, me pregunto también si es otra la forma en que nace un docente.

Muchas gracias, muchachos.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Miller, J. A. (2010). *El Otro que no existe y sus comités de ética*. Buenos Aires: Paidós.